

PRESENTACIÓN

Estimado Lector:

Tiene en sus manos una colección de historias breves, relacionadas con la vida y obra de Elena G. de White.

La mayoría de estos relatos no se han publicado antes, pero ahora están accesibles a los miembros y amigos de la Iglesia Adventista del Séptimo Día en este formato.

Este humilde esfuerzo por poner a su alcance estos relatos en español, representa el deseo más sincero por parte del traductor de que al leer estos incidentes, su fe se vea fortalecida y su confianza robustecida, al ver la manera maravillosa como Dios ha guiado a su pueblo, mediante el instrumento escogido, dado a su iglesia remanente como prueba de su amor y tierna solicitud.

Atentamente,

Mtro. Francisco Flores Chablé
Traductor



I N D I C E

Margarita Rowen: La mujer que pretendió ser profetisa...	2
El sermón que no se concluyó.....	3
La redecilla extraviada.....	4
Las primeras apostasías.....	5
La oportunidad de los mensajes.....	10
Hiram Patch y su conversión.....	11
Se delata el pecado.....	12
Confrontando lo espurio.....	13
Esteban Smith y la carta que no leyó.....	14
Cuando el Ángel dijo: ¿No!	17
Yo fui testigo ocular.....	18
Aguas en el desierto.....	20
Historia de D.M. Canright.....	21
Reavivamiento en la iglesia de Bushnell.....	25
Una blanca Navidad.....	26
Un puente sobre el hielo.....	28

MARGARITA ROWEN: LA MUJER QUE PRETENDIÓ SER PROFETISA

Margarita Rowen nació en 1881. Poco se sabe de los primeros años de su vida. Sabemos, sin embargo, que el 22 de junio de 1916 se proclamó profetisa de Dios y sucesora de Elena White. Ante tal pretensión fue oída por los líderes de la iglesia. Estos hallaron que tal pretensión era falsa, y que sus escritos contenían errores y no precedían de Dios.

En el otoño de 1919, declaró haber visto en visión una carta escrita por Elena G. de White el 10 de agosto de 1911. En esta carta, Elena White declaraba que su sucesora en el oficio profético era Margarita Rowen. Este documento falso, había sido colocado furtivamente entre los escritos de Elena White por el doctor Bert Fulmer, el 11 de noviembre de 1911. La susodicha carta fue hallada el 17 de diciembre del mismo año por Guillermo White, uno de los fideicomisarios del Patrimonio White e hijo de Elena de White. Rápidamente se reunieron los fideicomisarios para estudiar la carta, habiendo hallado las siguientes discrepancias en el documento:

- 1) La carta no estaba perforada con dos agujeros, de la misma medida como lo están los documentos archivados y que son de la pluma de Elena de White.
- 2) Cuando se halló la carta, no estaba ubicada dentro del broche que contenía todas las demás cartas de ese año.
- 3) El papel era de otro tipo que el que se usó para los escritos de Elena White.
- 4) El tamaño del papel era diferente.
- 5) La cinta de la máquina era de color negro; la que se usó en los escritos de Elena White era de color azul.
- 6) El encabezado tenía doble línea; los encabezados en los escritos de Elena White eran de una línea sencilla.

- 7) En el renglón donde aparece la fecha y lugar, el lugar era Sta. Elena, California; en los escritos de Elena White el lugar es Sanatorium, California.
- 8) La firma de Elena White se notaba ser falsificada.

Habiendo hallado tales discrepancias en el documento, a las claras se veía su falsedad. No habiendo hecho impacto como se esperaba entre los miembros de la iglesia adventista, Margarita Rowen se dedicó a formar su propio movimiento. No tardó en hallar seguidores, pero poco tardó en sustraer dinero de su mismo movimiento. Esto trajo la ruptura con el doctor Fulmer.

En noviembre de 1923, anunció que la gracia se cerraría el 6 de febrero de 1924, y que Jesús vendría un año más tarde. El 6 de enero de 1925 declaró haber visto en visión que los 144,000 serían tomados por los ángeles y transportados a lugares de reunión, y de allí serían llevados al cielo el 6 de febrero siguiente. La predicción creó gran sensación, de tal modo que los medios de comunicación la difundieron en varios lugares del Sur de California y en otras partes del país. Algunos de estos medio intentaron identificar a Margarita Rowen con la Iglesia Adventista. Se hicieron esfuerzos para aclarar que en ninguna manera se debería identificar a la Iglesia Adventista con esta mujer. Al no venir Jesús en la fecha anunciada, Margarita Rowen desapareció por un tiempo.

La noche del 27 de febrero de 1927, el doctor Fulmer fue llamado con urgencia por teléfono a un motel cercano, para asistir médicamente a un señor de apellido Ellison, quien decía estar grave y necesitaba un médico.

El doctor Fulmer de inmediato fue al lugar. Al entrar en el cuarto, vio a un hombre tirado sobre una cama, quien se abalanzó sobre él agrediéndole con un tubo y golpeándole en la cabeza. Fulmer cayó, pero no perdió el conocimiento del todo. Una enfermera se lanzó sobre él con una jeringa hipodérmica

para inyectarle el brazo. La aguja de la jeringa se quebró en el forcejeo y no pudo lograr su siniestro fin. Los ocupantes del cuarto adyacente oyeron el pleito y pensaron que los ocupantes del cuarto 11 estaban intoxicados con alcohol. Llamaron a la policía y ésta no se hizo esperar. Cuando la policía llegó, encontró además de cuatro sujetos, un pedazo de tubo, varios metros de soga, una sábana y una espada. Fueron arrestados: Margarita Rowen, el doctor Jacobo Blazer de Temple City y Mary Wade, enfermera. El doctor Blazer, un egresado de Battle Creek, Mi., y médico naturista de quince años de experiencia, era un seguidor de Rowen. El doctor Fulmer fue tratado por sus lesiones por el doctor L. S. Wellbourn.

Tanto Rowen como Blazer y Wade, fueron enjuiciados en la corte municipal de los Ángeles, California, el 11 de marzo de 1927, por el juez Charles B. McCoy. Fulmer redujo los cargos de intento de asesinato a asalto con arma mortal. Esto reduciría el tiempo de la reclusión de los acusados. Él quería que Margarita Rowen saliera libre cuanto antes, para poder acusarla ante su iglesia por cargos de actividad criminal. Los tres acusados fueron declarados culpables. El caso fue transferido a la Suprema Corte de los Ángeles, Departamento 21, el 28 de julio de 1927, ante el juez Fletcher Brown, quien más tarde fue un respetable alcalde de los Ángeles. Por esta fecha, Margarita Rowen tenía 46 años de edad. Mary Wade fue confinada en la penitenciaría de San Quintín, el 10 de agosto de 1927. Margarita Rowen la siguió como la prisionera No.43969 el siguiente día. Margarita fue dejada libre bajo fianza después de un año. Pronto desapareció y no se le vio más hasta que apareció en Florida algún tiempo después.

En 1931 la encontramos viajando con un hombre llamado J. J. Hartman de quien decía ser esposa, pues así se registraba en los moteles y hoteles donde se hospedaban.

Esto lo atestiguó el encargado de un motel, bajo juramento. Copias de este testimonio fueron enviadas a las ciudades donde Margarita Rowen trataba de levantar simpatía y dinero para su causa. Margarita Rowen se cree haber muerto en las postrimerías del año 1940. El doctor Fulmer, murió de un ataque al corazón en Hollywood, el 3 de abril de 1928, casi ocho meses después que Margarita Rowen entró en San Quintín, por lo tanto, no le fue posible acusarla ante sus seguidores por fraude y robo, como era su propósito.

EL SERMÓN QUE NO CONCLUYÓ

En cierta ocasión Elena G. de White tuvo una visión en la cual no vio el rostro de un hombre, sólo oyó su voz. Su ángel acompañante le pidió que cuando se encontrara con este hombre le diera un mensaje personal. Un poco más tarde volvió a oír la voz. “Oigo la voz nuevamente”, comentó.

Su esposo y ella fueron invitados a cierto campamento donde una buena cantidad de hermanos se hallaban reunidos. Los esposos White viajaron por tren y un hermano fue por ellos a la estación del ferrocarril con su diligencia para traerlos al campamento. Al llegar el tren, los encontró precisamente al bajar del vagón. Luego, los condujo al lugar del campamento. Al llegar, fueron llevados por el hermano a la carpa donde Elena y su esposo quedarían, pero ella prefirió no acomodarse, sino ir rápidamente a la carpa de reunión. Al dirigirse a la carpa oyó la voz del hombre que se le había revelado antes. Señalando con su dedo dijo: “Ahí está la voz”. Era un predicador que detrás de un púlpito improvisado, embelesaba a sus oyentes con su predicación.

Rápidamente llegaron a la carpa. Se detuvo mirando al hombre. Tenía un mensaje para él. Cogida del brazo de su esposo, caminaron hasta la primera banca, Jaime White se sentó, pero Elena se mantuvo de pie frente al púlpito. Luego, señalando al

hombre con su índice le dijo: “Caballero, usted es el menos indicado para estar detrás de ese púlpito predicando a los hermanos”. Naturalmente, el hombre dejó de hablar. Todos estaban contemplando la escena. Jamás se habían visto ambos. “Dios me ha indicado” –continuó. “Que en otro Estado hay una mujer que la llama a usted esposo y unos niños que le llaman padre; y aquí en este campamento, hay otra mujer que le llama esposo y otros niños que le llaman padre”. El hombre recogió sus notas y desapareció del campamento. No terminó su sermón. Atrás, un hombre levantó la mano y pidió la palabra. Dijo ser hermano del predicador. Sorprendió a todos cuando dijo que lo que la señora había declarado era verdad. Pero que él creía que su hermano se había divorciado ya de su esposa anterior.

Un gran reavivamiento se efectuó y el Espíritu del Señor se derramó sobre los presentes, los cuales reafirmaron su fe en el don de profecía. Piense lo que hubiera sucedido, si Elena de White se hubiese equivocado y hubiese dado el mensaje a otro hombre. Su ministerio hubiera sido un fracaso.

LA REDECILLA EXTRAVIADA

Sucedió Hace muchos años en el norte de California. Elena White, mensajera del Señor, vivía en Healdsburg a una pocas cuadras del nuevo Colegio. Como su esposo, el pastor White había muerto, la señora White invitó a varias señoritas para vivir en su hogar mientras asistían a la escuela. Entre ellas había una joven de notable habilidad que enseñaba algunas clases en la escuela.

¡Cómo disfrutaba esta joven la vida en el hogar de la señora White! Era una casa grande de dos pisos, rodeada de un hermoso jardín y de árboles frutales. La señora White era una madre compasiva y de un gran corazón para los jóvenes

que vivían con ella. Todo marchó bien por unos pocos meses. Mas algo sucedió. Mientras esta chica pasaba por el dormitorio de la señora White, al hacer un mandado, vio algo sobre el tocador lo cual codició mucho. Se detuvo, la miró y cuanto más la miraba, más sentía quererla. Al ver que nadie la observaba estiró su mano y la tomó para sí.

¿Y qué era? ¿Una pulsera?, ¿Un reloj?, ¿O algo de valor? No, era solamente una redecilla para el cabello. Las mujeres de ese tiempo a menudo usaban una redecilla para mantener en compostura su cabello. Era una redecilla de seda, bien hecha. La señora White no la echaría de menos, pensó ella. Además era algo que tanto había deseado tener. Salió del cuarto de la señora White con la redecilla en su puño, y yendo a su cuarto abrió un baúl y la guardó en él. Cerró el baúl y continuó haciendo sus deberes. Pero ya no había una canción en su corazón. ¿Por qué? Ese mismo día unas horas más tarde, la señora White comenzó a prepararse para salir. Se cepilló el cabello y pensó ponerse la redecilla como era su costumbre en aquellos días, pero no pudo hallarla en ningún lado. No estaba en el tocador, ni en gaveta alguna. La buscó arriba, abajo, detrás, adelante y no la halló; se le había perdido. Dándose por vencida, salió sin su acostumbrada redecilla.

Esa noche, a la hora del culto, las jóvenes se reunieron con la señora White alrededor de la chimenea. A menudo, durante el culto, les contaba una historia de los primeros días del Movimiento Adventista. ¡Cómo disfrutaban de ese momento! Mas esa noche la señora White tenía una pregunta para ellas. “¿Alguna de ustedes ha visto mi redecilla? Estaba encima de mi tocador en mi recámara. Cuando fui a buscarla donde la dejé no la hallé. No pudo haberse ido sola. Alguien debe haberla tomado”. Nadie pareció saber algo de la redecilla, pues ninguna comentó nada. Había, sin embargo, una damita entre ellas que no deseaba que la señora White hablara acerca de la redecilla. El asunto fue dejado a un lado. Unas dos semanas más tarde, mientras la señora White estaba pasando por el dormitorio de esta niña, una voz pareció

decirle: “Levanta la tapa de ese baúl”. Pero ese baúl no era de su propiedad. Jamás debería ni siquiera mirar dentro del baúl de otra persona. Otra vez la voz pareció decirle: “Levanta la tapa de ese baúl”. Ahora reconoció que era la voz del ángel y debía obedecer. Abrió el baúl. En efecto, allí estaba la redecilla extraviada. Cerró el baúl y siguió con sus tareas. Esa noche, cuando la familia se reunió otra vez para el culto, la pregunta de la redecilla surgió nuevamente: ¿Alguien sabe donde está mi redecilla? Estoy segura que puede ser hallada. “No se puedo extraviar sola”. No hubo respuesta alguna. Nadie parecía saber algo de la redecilla extraviada. La señora White no insistió más sobre el asunto. Pero una de las jovencitas sí estaba preocupada, y propuso en su corazón destruir la redecilla no fuera a suceder que la señora White descubriera donde estaba.

Al día siguiente por la tarde, la señora White estaba sentada en la sala, frente al fuego de la chimenea, ocupada en escribir. Por varias horas había estado escribiendo y su mano estaba cansada, también sus ojos y su mente. Dejó su pluma, miró hacia el fuego y entonces tuvo una visión que duró segundos. Esta fue una de las visiones más cortas de las que le fueron dadas. En la visión vio la mano y el brazo de una niña. En la mano estaba la redecilla. Vio también sobre la mesa una lámpara de petróleo encendida. Miró la redecilla en la mano de la niña, y vio cómo lentamente la redecilla fue puesta en la llama de la lámpara y en segundos fue consumida por el fuego. La visión había concluido.

Esa noche, cuando la familia estaba reunida alrededor del fuego de la chimenea, la señora White preguntó de nuevo por la redecilla. “¿Alguien sabe lo que ha pasado con la redecilla?”. Alguien debería saber, pero nadie dijo nada nuevamente. La señora White abandonó el tema.

Unos momentos más tarde, la señora White llamó a parte a la niña en cuyo baúl había visto la redecilla. Le contó

de la visión que había tenido y lo que en ella se le había mostrado respecto al fin que había tenido la redecilla al consumirse en la llama de la lámpara.

La muchacha se puso a llorar. “Si hermana White” –dijo– “yo tomé la redecilla. Yo la quería tanto y no pensé que usted se daría cuenta si le faltaba; pero cuando usted empezó a preguntar más y más sobre el asunto, temí que descubriera que yo la había tomado. Entonces decidí quemarla en la llama de la lámpara, tal como usted vio en visión. Ahora, me dije a mí misma, nadie sabrá acerca de la redecilla, ¡Qué horror cometí!”

Dios que creó la tierra y sostiene a los mundos en sus órbitas, mandó a su ángel para dar a Elena White una visión por un asunto aparentemente sin importancia. Pero no era un asunto sin importancia. El alma de una jovencita estaba en peligro mortal. Era miembro de iglesia, iba a la Escuela Sabática, era una Adventista del Séptimo Día. Pensaba que era una buena cristiana, pero no se daba cuenta que tenía defectos de carácter que tenía que corregir. No solamente confesó su pecado de robo, sino que esta experiencia se tornó en una experiencia decisiva para su vida. Entregó su corazón a Dios, y vivió una vida cristiana amable y consecuente por el resto de su vida.

LAS PRIMERAS APOSTASÍAS

En vista de las actividades del enemigo de las almas en contra del pueblo de Dios, no debería sorprendernos el hecho de que algunas veces ha tenido éxito al levantar divisiones y apostasías en contra de la verdad. En muchas de estas apostasías ha habido oposición manifiesta en contra de la mensajera de Dios para el pueblo remanente. Tal oposición se debió:

- a) Al rechazo de una reprensión personal, o sea, rehusar ser corregido mediante un mensaje dado.
- b) La falta de disposición de armonizar la vida práctica con las enseñanzas.

En los primeros días de este movimiento, hubo incidentes sorprendentes que vindicaron el divino origen de estos mensajes.

En el verano de 1850, S. W. Rodees llevó la luz del mensaje del Tercer Ángel a un grupo en la vecindad de Jackson, Michigan. Uno de los que creyeron fue H. S. Case, quien había predicado el mensaje del advenimiento con poder. Expresando gratitud por la luz que le fue comunicada escribió:

“Había estado en tinieblas por largo tiempo esperando y nadie me había dado aliento espiritual desde 1844... Si el hermano Rodees no hubiera venido a verme, pienso que hubiera caído muy hondo en el abismo”. La Verdad Presente. 1850 p. 85.

H. S. Case dio fe de un buen número de creyentes en el Estado de Nueva York, a quienes les había predicado el mensaje del advenimiento, los había bautizado, y aceptaron la verdad sin dar lugar a dudas.

Tengo la verdad en mi alma” –dijo- “como fuego que consume mis huesos”. Deseo proclamar el mensaje del Tercer Ángel, pero no tengo los medios. Si me abre el camino, quiero ir una vez más al campo de labor y conquistar algunas almas preciosas para el reino de Dios”. Ibid., pág. 86.

Evidentemente el camino se abrió, pues a menudo enviaba los informes de sus actividades desde el campo de labor. Algunas de sus cartas las enviaba desde Wisconsin, en la última parte del año 1852.

Amonestado por un Testimonio Personal. En junio de 1853, Jaime White y Elena White, quienes por ese tiempo residían en Rochester, N. Y., asistieron a unas reuniones en Jackson, Michigan, donde por entonces vivía H. S. Case, y de cuya iglesia era miembro. En uno de los primeros días de la reunión, mientras oraban, Elena White fue tomada en visión. En la visión, se le mostraron algunas cosas en relación con la

iglesia del lugar y de los errores de varios de sus miembros. Entre otros H. S. Case fue amonestado por su espíritu rudo y severo, la extravagancia en el uso de los medios confiados en sus manos, y también por el hecho de no hacer acaso a las visiones dadas previamente respecto a “seguir los deseos de sus ojos”. De una carta larga escrita por Elena White en aquellos días citamos lo siguiente:

“Vi que la conducta del hermano Case ha destruido de la manera más eficaz la confianza de la iglesia en su buen juicio. La iglesia local en Jackson también le ha perdido la confianza. Vi que una gran obra debe hacerse a favor del hermano Case, de otra manera será dejado de lado e inhabilitado para llevar la obra de la verdad de Dios a otros y será descalificado para ser un ejemplo de la grey. Si continúa tal como es, su influencia será como si hubiera muerto”. Carta 1, 1853.

Más detalles de la reunión. Una hermana de la iglesia de Jackson, a causa de haber sido provocada, había hablado amarguras de su vecina, quien no era muy amable con ella. La hija del hermano Case, quien estaba oyendo en el cuarto contiguo, afirmaba que había oído a esa hermana decir una palabra vil, y la delató. La hermana negó tal acusación. Casi, tomó esto como una acusación en contra de su hija, lo cual la tildaba de mentirosa y esto no podía ser. Llevó el asunto a la iglesia e insistió que la hermana debería ser disciplinada por la iglesia. El asunto le fue mostrado a Elena White en visión y escribió lo siguiente:

“Vi que la hermana _____ H. _____ se ha enorgullecido y exaltado... Vi que no tiene sentimiento y espíritu correcto para con su vecina no creyente. Palabras que no deberían haber pronunciado fueron dichas. Vi que los cristianos deben tener nobles sentimientos y que todas las burlas y escarnios de los incrédulos no debieran moverlos a causar disturbio y albergar malos sentimientos en el corazón. Nada de desquite o venganza debiera ser un recurso entre los cristianos”.

Luego se me mostró de nuevo el caso de la hermana _____. Dijo al ángel: ‘palabras fueron habladas pero no aquellas que fue dicho que ella habló?. Vi que las palabras que ella dijo no fueron las correctas... pero las palabras viles que se dijo había pronunciado y que se consideraban como pecaminosas no las habló. Vi también que el testimonio de un menor no debiera recibirse y dar crédito en contra de un hijo de Dios, a menos que otras personas de experiencia en las cosas de Dios y en quienes se pueda confiar lo testifiquen. Gran cuidado debe darse a estos casos.”

La aprobación de Case y Rusell. En la reunión de la tarde, la señora White habló con ternura a esta hermana, señalándole la necesidad de vencer su apresurada disposición y el empleo de palabras amargas en contra de otras personas. H. S. Case y su amigo cercano, C. P. Russel, pensando que estaban siendo apoyados en su actitud para con esta hermana, respondían con fuertes, frecuentes y expresivos amenes. Eran enfáticos a su testimonio de que sin duda la visión era evidentemente de Dios.

En conformidad, la parte de la visión que revelaba los defectos de carácter de estos críticos severos fue presentada el día siguiente. Su confianza en las visiones, tan fuertemente manifiesta el día anterior, fue sacudida. En el futuro inmediato, los veremos oponiéndose a los líderes de la obra y declarando que las visiones estaban entorpeciendo el avance de la verdad.

Las iglesias de Michigan son prevenidas. En la Review del 18 de abril de 1854, apareció una declaración firmada por dirigentes de cinco de las iglesias de Michigan, (Jackson, Sylvane, Grand Rapids, Battle Creek y Lock), quienes se reunieron en congreso y declararon que H. S. Case no estaba calificado más para viajar y enseñar el mensaje del Tercer Ángel. “Es con dolor en nuestros corazones” –decían- “que tenemos que denunciar su curso de acción anterior y

presente, así como su conducta sin juicio, que ha traído reproche a la causa de Dios.”

Desafecto de largos años. La oposición y los ataques maliciosos de H. S. Case y C. P. Russell sobre sus antiguos hermanos fueron de tal naturaleza, que hicieron se les respondiera mediante declaraciones escritas en la revista oficial de la iglesia en forma esporádica. Llegó a ser evidente que las dificultades habían tenido origen antes de la fecha de las reuniones de Jackson. Así, al escribir sobre una visita al oeste, Jaime White escribió:

“La obra en Wisconsin sigue adelante... los hermanos han tenido muchos contratiempos, pero ahora el camino se abre ante ellos. H. S. Case y otros, quienes fueron los primeros en visitar el Estado, se desplazaron de un lugar a otro en forma calculada para perjudicar al pueblo en contra de la verdad, pero esto casi se ha resuelto”. R. H. Julio 4, 1854.

Un artículo contrarrestando a los opositores. Unas semanas más tarde, bajo el encabezado: “Señalad a los que Causan Divisiones”, apareció lo siguiente:

“Hemos sido informados que Russell, Case y otros de Michigan, están decididos hacer división entre las iglesias en ese Estado. De diferentes fuentes sabemos que se están uniendo con Wyman y Chapin, del estado de Nueva York, con la determinación de dividir el rebaño y levantar una facción contra todo riesgo. Hablan aún de comenzar a publicar una revista con la cual tratarán de vindicar su propio curso de acción. Por lo que sabemos de estos hombres y su situación anímica presente, podemos esperar de ellos la más grosera difamación y el más vergonzoso abuso”.

“Han sido fuentes de severas pruebas para las iglesias por los dos últimos años. Mientras, sus hermanos han sufrido mucho por su causa, habiendo trabajado paciente y fielmente por ellos. Y ahora, al ser puestos a un lado por las iglesias, estos malos hombres han determinado hacerles daño, injuriarlos lo más

posible. A ellos se unirán sin duda, los más amargos enemigos de la verdad presente” RH Nov. 21, 1854.

Insinuación malévola. Un poco antes, en una reunión tenida en Sylvan, Mich., en mayo 18 de 1854, Case estaba presente y habló a mas grupos cerca de la carpa. Su conducta fue tal que indujo al pastor White a decir: “Ningún caballero, ya no digamos que pretende ser cristiano o ministro de Cristo, se hallaría en la posición que tomó él”. (RH, mayo 23, 1854). Case insinuó que Jaime White tenía nombre propio la propiedad de la iglesia comprada con fondos donados por otros, y que ahora reclamaba como suya, debido a sus regalías editoriales.” Ese falso cargo fue refutado. –RH Nov. 21, 1854.

Repudio mediante los corresponsales de la Revista y Herald. Los hermanos Bates, Kelsey, Edson, Ingraham, Rhodes y muchos otros laicos escribieron expresando su lealtad. El hermano Hiram Edson escribió:

“Espero pastor White, que no descienda a los valles de Ono y deje de construir los muros de Sión” (RH Dic. 5, 1854)

“Mi simpatía y mi espíritu, escribí, G. W. Holt, están con aquellos que han trabajado y luchado día y noche con muchas lágrimas, oración y celo inquebrantable... La Biblia, como de costumbre será mi regla de fe y práctica. No niego los dones del Santo Espíritu, los cuales pienso, han sido dados para beneficio de la iglesia”. RH Nov. 21, 1854.

Vistos como una bendición. Jaime White mismo externó su gozo por los informes de diferentes partes; de la prosperidad y el avance de la obra. Nunca antes había tanta unidad entre el remanente como ahora. De la apostasía dijo:

“El último flagelo... probará ser una de las más grandes bendiciones para la causa. Hará que el pueblo de Dios esté en guardia respecto a su futuro y los librá de algunos que han sido baldón para la obra, en quienes no se puede operar una reforma”. Pedía con urgencia a los corresponsales que hablaron con candor de estos apóstatas. “Que hablasen la

verdad en amor”. Declaraba que un número de cartas habían sido rechazadas debido a su naturaleza mordaz.” (RH Dic. 26, 1854)

El consejo del Espíritu de Profecía. Los ataques de los apóstatas mediante su revista El Mensajero de la Verdad llegaron a ser tan amargos que cinco de los hermanos, (White, Waggoner, Cornell, Frisbie y Loughborough) acordaron distribuirse la ingrata tarea de refutar los cargos. Mientras oraba por la recuperación de la salud del pastor Loughborough, la señora White fue tomada en visión. De esta revelación dada en Oswego, N. Y., en junio de 1885, ella dijo:

“Hermanos, ustedes han cometido un error en sus planes de refutar las mentiras de El Mensajero de la Verdad. Cuando ustedes contestan una de sus mentiras, ellos dirán dos. Es una trampa del enemigo el tratar de seguirlos, pues les distraerá de trabajar a favor del interés que evidentemente se ha levantado ahora entre el público. Dejen a la gente de El Mensajero solos y no les presten atención a sus actividades, pues en menos de seis semanas se levantará una guerra entre ellos. La revista fracasará cuando cese su publicación y hallarán que nuestra feligresía se habrá duplicado” –Pacific Union Recorder, June 30, 1910.

La predicación se cumplió. Muy pronto después de la visión de la señora White en Oswego, a uno de los escritores de El Mensajero se le negó publicar un artículo en el cual afirmaba que uno de los dos cuernos de la bestia de Apocalipsis 13 era Inglaterra y el otro Francia. Ofendido por habersele rechazado su artículo, retiró su apoyo a El Mensajero. Otros hicieron lo mismo y así continuó la disputa. Cuando la revista cesó de publicarse en 1857, el número de nuestros creyentes se había duplicado. A principios del año siguiente, Jaime White escribió refiriéndose a los principales dirigentes del movimiento:

Wyman, ha sido rechazado por los suyos por cargos en su contra como criminal”.

“Bezzo, el editor de la revista, fue multado con 25 dólares por llevar consigo un revólver y amenazar con disparar a un maestro en una escuela”.

A Case, lo expulsaron de los púlpitos, y ahora está pescando en los lagos”.

“Chapin, trabaja en una tienda de ropa”.

“Lillis, se volvió espiritista.

“Russell y Hicks denunciaron a Bezzo y a los demás que publicaban la revista, como hipócritas, y ahora están solos. Pareciera que tan pronto estos espíritus inquietos salieron del cuerpo, inmediatamente fueron a tragarse y devorarse mutuamente, hasta que ninguno de los 18 líderes de quienes más de una vez se enorgullecían quedaban con ellos, y tampoco estaban predicando en público. Es más, que sepamos, no tienen un lugar propio de reunión”. –RH Enero 14, 1858.

Respecto al considerable aumento de la membresía de nuestra iglesia durante estos años de lucha y oposición con este grupo disidente, Jaime White escribió:

“Los verdaderos amigos de la causa han sido guiados por estas mismas cosas a ver la necesidad de dar un claro y poderoso testimonio por la verdad, y por los dones del espíritu. Este don que fue tan despreciado por esta facción, jamás fue tan estimado por la iglesia como es ahora. Esta facción se ha desmoronado y ha desaparecido, mientras que la iglesia ha crecido en número, en unidad y fortaleza. En donde un desprovisto de valor moral abandonó las filas, cuatro valerosos se han unido a las filas de los guardadores del sábado. En el tiempo de mayor desafecto, cuando se hacían esfuerzos por derrumbar la Review, la propiedad y la oficina pertenecientes a la iglesia costaban 700 dólares. De ese tiempo acá, su precio ha aumentado a 5000 dólares. Por entonces había sólo 1000 suscriptores, ahora tenemos cerca de 2000” –RH Enero 14, 1858.

LA OPORTUNIDAD DE LOS MENSAJES

El pastor Eugenio Farnsworth y sus asociados comenzaron una campaña evangelística en Dunedin, Nueva Zenlandia, el 15 de enero de 1903. Lo que sucedió durante esta campaña fue escrito por el pastor S. R. Goldstone:

“Un pastor protestante decidió asistir un miércoles de noche a las reuniones con el fin de provocar un debate público. Vino acompañado por un buen número de miembros de su congregación, algunos de los cuales habían sido preparados de antemano con preguntas difíciles para que en determinado momento se las lanzaran al evangelista Farnsworth. Poco antes de terminar su presentación, el pastor Farnsworth fue asaltado de uno y otro lado por una serie de interpelaciones. Sintiendo Farnsworth que el asalto estaba bien orquestado en su contra, comenzó a ignorar a sus opositores, esto causó indignación al antagonista en jefe. De un salto se puso en pie en medio de la congregación y a voz en cuello insultó al predicador llamándole cobarde. ¡Usted es un cobarde! ¡Le desafió públicamente a que se defienda, si puede! ¿Por qué no acepta el reto? El pastor Farnsworth guardó silencio. La reunión terminó en un tumulto. Algunos del público gritaban pidiendo que se tuviera el debate; otros lo desaprobaban. La ocasión se tornó tensa y el fin de la reunión fue trágico.

El presidente, el pastor W. L. Baker, convocó a sus ministros para una junta de inmediato. El secretario, el pastor W. J. Smith estaba a su lado. Son solemnidad y preocupación, cada miembro de la junta se ubicó en su lugar. Ellos eran: G. A. Wantzlick, G. C. Tenney, F. E. Lindón, C. A. Paap, W H. Pascoe. Algo debería hacerse. ¿Aceptarían el desafío de ese arrogante antagonista? El pastor Farnsworth no estaba de acuerdo. Sin embargo reconocía que el buen nombre de la iglesia debería ser mantenido en alto. Se discutió ampliamente; unos en pro y otros en contra. Finalmente, el consenso fue que debería aceptarse el reto y que debería enfrentar al enemigo públicamente. Decidieron

orar sobre el asunto y hacer una decisión final antes del devocional del día siguiente.

Mas un rayo de luz iluminó la carpa donde el pastor Farnsworth habitaba. Al llegar, notó que sobre su mesa estaba una carta. Tomándola vio que era de Elena White. Su corazón comenzó a palpar aceleradamente mientras la abría. La carta tenía la fecha del 17 de diciembre de 1902 y procedía de Elmshaven, California. Al comenzar a leer, una sonrisa comenzó a dibujarse en rostro. Era como si el Señor le hubiera revelado la situación.

La carta decía: “no entréis en controversia, ni os enfrasquéis con contención. Levantad en alto la norma de la verdad. Sí, levantadla en alto. Tenemos un líder a quien le ha sido dada la potestad contra la cual ningún poder de la tierra o del infierno prevalecerá. Recordad: la mejor forma de combatir el error, es presentar claramente la verdad. Evitad toda vana charlotearía y aferraos a la palabra de vida. No os entregáis en las objeciones de aquellos que se oponen a la verdad”.

No hace falta decir, continúa el pastor Goldstone, que el debate nunca tuvo lugar. No fue necesario. Las reuniones continuaron bajo un cariz positivo. Frustrado, el oponente, apeló a la fraternidad de Ministros en Dunedin. En su primera reunión determinaron en que forma unida lucharían por exterminar a los adventistas de Dunedin. Se debería escribir un folleto donde se presentaran las doctrinas adventistas bajo ataque. Sin embargo, cuando comenzaron a discutir el contenido del panfleto, el grupo comenzó a dividirse. Comenzaron a combatir entre sí y el foco de atención llegó a ser sus diferencias doctrinales y no los Adventistas del Séptimo Día.

Este incidente tuvo un efecto notable en la moral de los adventistas en Nueva Zelandia. Al regresar a sus hogares después de terminada la campaña, cada miembro del equipo

contó en su iglesia acerca de la carta recibida en forma oportuna y de la manera cómo Dios había obrado a favor de su causa. No cabe duda que Dios continúa dirigiendo su iglesia” (Nada que Temer, Pág. 56)

HIRAM PATCH Y SU CONVERSIÓN

Durante los primeros días del invierno de 1849, el pastor Jaime White y su esposa, sostuvieron una serie de reuniones evangelísticas en Oswego, Nueva York, Hiram Patch y su prometida, quienes eran vecinos de ese lugar, no estaban convertidos, pero asistían a las reuniones con sobrado interés. Casi se decidían a aceptar el mensaje adventista predicado por los esposos White.

Simultáneamente, un predicador, que no era ministro sino un laico prominente de otra denominación, comenzó una serie de reuniones en una de las iglesias del mismo lugar. El predicador era además el tesorero del condado. Parecía estar lleno de celo por la verdad y profesaba sentir gran preocupación por los pecadores inconversos. Al orar, lo hacía con gran fervor, y colocando sus manos sobre el pecho las estrechaba con fuerza dando la impresión de que su ser se agitaba por el fervor que embargaba su alma.

El joven Patch y su novia, asistieron también a las reuniones del predicador reavivalista. Quedaron impresionados por el fervor mostrado y por la vehemencia con que este hombre hablaba, pues creaba una excitación sobrenatural en los oyentes. En una palabra, se sentían a gusto al oírle hablar. Los esposos White, en cambio, no eran arrebatados en sus ánimos al predicar, ni creaban una atmósfera de excitación entre los oyentes. Sin embargo, el mensaje que ellos predicaban era bíblico y lleno de verdad.

Así, llegaron al punto de estar en un dilema: Aceptar el mensaje que predicaban los esposos White y unirse a la iglesia Adventista del Séptimo Día o unirse a la iglesia del predicador, tesorero del Condado. Estando en tal dilema, le pidieron a la señora White que les aconsejara a cuál iglesia deberían unirse al aceptar a Cristo. La señor White les dijo que esperaran un mes antes de hacer su decisión. Textualmente les dijo: “Esperen un mes y sabrán por ustedes mismos el carácter de las personas que están ocupadas en este reavivamiento y que profesan tener gran preocupación por los pecadores”.

Hiram Patch contestó: “Esperaré”. No pasaron quince días después que la señora White les dijo: “esperen un mes”, cuando una noche en un acto de extrema angustia por las almas, al hacer una demostración de agonía simulada, un vaso sanguíneo se rompió en el estómago del predicador. Fue llevado inmediatamente al hospital. Se le confinó a estar en cama en su casa y se le prohibió trabajar en la oficina.

Como su puesto no podía estar vacío, el comandante de la policía tomó el control de la administración financiera del condado. Junto con su asociado inmediato, comenzaron a revisar la contabilidad del condado y hallaron que había un faltante de 1000 dólares. Era una cantidad significativa en aquellos tiempos. Casi no lo podían creer, dando que el hombre profesaba una gran piedad y era predicador del evangelio. Pensaron que a lo mejor lo había depositado en el Banco, pero se había olvidado hacer el asiento correspondiente en los libros; o que había pagado una factura y no había pedido el recibo correspondiente. Por fin, decidieron ir a la casa para ver qué explicación les daba el titular de las finanzas. Lo deberían hacer con suma precaución, pues si había cogido el dinero, iba a tratar de hacer cualquier cosa para esconder su fechoría. Por lo tanto, se pusieron de acuerdo. El comandante entraría y pediría

explicación del dinero faltante al tesorero enfermo, mientras que el otro policía se quedaría afuera escondido para ver qué movimiento notaba en la esposa del tesorero.

Cuando el comandante entró por la puerta principal, el policía que se había ubicado fuera, vio que la esposa del enfermo salió por la puerta de atrás llevando algo en su mano. La observó y vio que haciendo a un lado la nieve con su pie, cavó y colocó un objeto en la nieve y luego, con su mismo pie, lo cubrió y regresó a casa. El comandante se situó al lado de la cama del enfermo y después de hacerle algunas preguntas acerca de su estado de salud, le presentó el problema de los mil dólares extraviados. El tesorero se enfureció y levantando sus manos al cielo juró que no sabía nada del dinero faltante. Al instante entró su esposa a la pieza y preguntó de qué se trataba. El marido le dijo: “lo que pasa es que faltan mil dólares en el balance y ellos piensan que nosotros los tenemos”. La señora se exasperó y levantando sus manos al cielo juró que ellos no eran capaces de tal cosa.

No bien había terminado de jurar, cuando el policía que la había observado entró con el dinero en la mano y le dijo: “Señora, y ¿qué es esto que usted acaba de ir a esconder en la nieve? Yo la vi cuando salió por la puerta de atrás de su casa y fue a ocultar su pecado en la nieve”.

Como era de esperarse, las reuniones terminaron en una manera bochornosa. La noticia acerca del tesorero predicador y ladrón, se difundió por todo el pueblo. El joven Patch y su prometida, de inmediato decidieron echar su suerte con la Iglesia Adventista del Séptimo Día. Se unieron al pueblo de Dios y fueron fieles cristianos hasta el día de su muerte. A veces vale la pena esperar.

SE DELATA EL PECADO

Un caso interesante tuvo lugar durante las primeras horas del día 11 de junio de 1887. Elena White, quien había llegado a

Moss, Noruega, procedente de Copenaghe, Dinamarca. Se levantó en la madrugada para escribir una carta al encargado de las finanzas de un sanatorio adventista en California, aproximadamente a ocho mil millas de distancia. La carta decía:

“En las horas de la noche, le vi estar en compañía de la matrona de la institución. Las atenciones que ambos se prodigaban daba a entender que eran marido y mujer. La hermana H., jamás será la misma que antes. Ambos son culpables delante de Dios.”

Elena White no los acusaba de adulterio, aunque claramente la carta lo implicaba. Era como si Dios estuviese dando una oportunidad a la pareja culpable a fin de que confesara su falta y se arrepintiera. Sin embargo, el administrador financiero negó su mal proceder. Acusó a la señora White de estar socavando y arruinando su influencia en la institución. Luego, no habiendo otra alternativa, la señora White le escribió meses más tarde ahora desde California:

“Mientras estaba en Europa, las cosas que sucedieron en – fueron abiertas ante mis ojos. Una voz me dijo: “Sígueme y te mostraré los pecados que son practicados por quienes se hallan en puestos de responsabilidad”. Caminé pasando por los cuartos y le vi a usted, un centinela de los muros de Sión, estar en coloquio íntimo con la esposa de otro hombre, traicionando sus sagrados votos matrimoniales y crucificando de nuevo al Señor. La vi a ella sentada sobre los muslos suyos. Usted la besaba y ella hacía lo mismo con usted. Vi otras escenas de afecto y de apasionamiento sensual, lo que causó en mi alma una sensación de horror. Luego usted la rodeó con sus brazos y la ternura expresada aumentó la

pasión entre ambos. Luego como si una cortina hubiese sido descorrida, lo vi a usted acostado en la cama con la señora H. Mi ángel acompañante dijo: “¡Iniquidad, adulterio!”

Jamás usted está solo. La mano que escribió la escritura en la pared en el palacio de Belsasar, registró en el libro del cielo los hechos y palabras que hicieron a Cristo se avergonzarse de usted. Pero aún así la señora White no los delató públicamente.

Como resultado de esta segunda carta, se tuvo una reunión privada, en la cual “confesiones humildes” fueron hechas por el hermano ---- y la señora H. Ante el pastor R. Carta 27, 1888.

CONFORTANDO LO ESPURIO

El pastor J. N. Loughborough nos recuerda un incidente que tuvo lugar durante la primera visita que los esposos White hicieron a Michigan en 1853.

Junto con los esposos White, Loughborough asistió a una serie de reuniones que fueron programadas en varios lugares de la región. Entre los lugares a visitar estaban: Tyrone, Jackson, Bedford, Battle Creek y Vergennes, donde ya había grupos de creyentes. Después de su arribo a Michigan, la señora White tuvo una visión en la cual le fueron mostrados ciertas personas y grupos que ella encontraría en conexión con su itinerario.

Después de haber escrito lo que le fue mostrado, le pidió al pastor Loughborough que le hiciera una copia con buena letra clara y distinta. La copia hecha de este material hizo profunda impresión en la mente del pastor Loughborough. Lo que más le llamó la atención fue el caso de una mujer que ejercía una considerable influencia entre los adventistas guardadores del sábado en su comunidad, pero quien era una impostora, y quien después que fuese reprobada por la señora White, se pondría de pie y cruzando ambas manos sobre su pecho diría: “**El Señor conoce mi corazón**”.

Al llegar a Vergennes, algunos días más tarde, Elena White reconoció este sitio como el lugar donde se encontraría frente a frente con la impostora. También reconoció a los creyentes mientras llegaba y descendían de sus carruajes para el servicio del culto, el sábado por la mañana. Entre los que llegaron en el primer vagón, señaló a los que estaban relacionados con la impostora y que la apoyaban, así como a los que no la apoyaban, en tanto que había un tercer grupo indiferente.

Mientras el pastor White estaba predicando, una mujer de porte impresionante entró al salón acompañada de dos hombres. Los dos caballeros, uno joven y el otro anciano, se sentaron frente al púlpito. La dama se sentó en los asientos de atrás cerca de la puerta. A la señora White le tocó hablar en turno. Exhortó a los ministros presentes a ser cuidadosos y a no entorpecer la obra de Dios por su descuido. “Dios –dijo- nunca llamaría a una mujer a viajar por el país con un hombre que no sea su marido”. Finalmente dijo: “Esa mujer que está sentada cerca de la puerta pretende que Dios la ha llamado a predicar. Viaja con este joven que está sentado aquí frente a mí. Su esposo, este pobre anciano –Dios tenga piedad de él- trabaja en casa para ganar los medios, los cuales ellos usan para llevar a cabo su iniquidad. Profesa ser muy santa y estar santificada, mas a pesar de todas sus pretensiones de santidad, Dios me ha mostrado que ella y este joven han violado el séptimo mandamiento de la ley de Dios.

Todos voltearon a ver a la mujer pensando cuál sería su reacción. Después de un minuto aproximadamente, se levantó y con inusitada parsimonia dijo: “**El Señor conoce mi corazón**”. Estas habían sido las mismas palabras que el pastor Loughborough había escrito dos semanas antes al copiar la visión dada por Dios a Elena White.

Durante el receso de medio día, y mientras el pastor White y su esposa eran atendidos por los hermanos, a la

señora White le fue dada otra visión. Al salir de la visión relató a los presentes lo que Dios le había mostrado respecto a la mujer en quien la atención de todos se había centrado en la mañana

“Esta mujer pretende hablar en lenguas” -dijo- “pero está engañada; no habla el idioma que dice hablar; es más, no habla ningún idioma. Si juntáramos a todos los pueblo del mundo ninguno de ellos entendería lo que dice, pues lo que habla es mera jerigonza”.

De esa manera el Señor salvó una vez más a su naciente iglesia del peligro de ser engañada por esta impostora, y se confirmó la fe de estos hermanos en la autenticidad del don profético en la persona de Elena de White.

ESTEBAN SMITH Y LA CARTA QUE NO LEYÓ

Fue en 1850 cuando Esteban Smith aceptó el mensaje adventista. Siendo un hombre maduro, dedicó sus energías y su tiempo a propagar las buenas nuevas. Se gozaba en la verdad del sábado, y era su más acariciada esperanza ver a Jesús venir en las nuevas del cielo.

Vivía en la vecindad de Washington, New Hampshire, lugar donde por primera vez les fue presentada a los adventistas la verdad del sábado. Se bautizó y formó parte de la primera Iglesia Adventista del Séptimo Día en los Estados Unidos.

Pero algo sucedió, como suele suceder hoy. Voces discordantes se dejaron oír pretendiendo anunciar una nueva luz. Dos predicadores del mensaje adventista comenzaron a enseñar doctrinas raras, a las que llamaban “nueva luz”. Una de esas doctrinas era que Jesús había venido ya, pero en forma espiritual. Tristemente, los pies del hermano Esteban Smith resbalaron y cayó víctima del engaño. Con afán y en forma entusiasta, comenzó a proclamar estas enseñanzas y a defenderlas apasionadamente. Habiendo abandonado el mensaje adventista, dedicó todas sus

energías a socavar la fe y la confianza de los hermanos en los dirigentes de la iglesia, especialmente en los esposos White con el paso del tiempo se tornó en crítico mordaz y acérrimo.

En el mes de octubre de 1851, hubo unas reuniones en la iglesia de Washington, donde se congregaban 75 hermanos del lugar. Los esposos White asistieron a estas reuniones. El hermano Smith dejó ver su espíritu amargado mediante las críticas y la oposición hacia la verdad. Ardientemente comenzó a propagar sus puntos de vista discordantes con la idea del sábado. La señora White fue tomado en visión. En la visión le fueron reveladas muchas cosas. Con claridad explicó a los hermanos las cosas que le habían sido mostradas. El relato de la visión tuvo un efecto positivo entre los hermanos, excepto en dos de los presentes, uno de ellos fue el hermano Esteban Smith.

Antes que terminaran las reuniones, la iglesia determinó quitar el nombre del hermano Smith del libro de la iglesia, debido a la terquedad con que defendía y propagaba su nueva fe, y sobre todo por el espíritu de crítica que mostraba. Sin embargo, el año siguiente, y después de ver en él un aparente cambio de actitud y sincera confesión, se le admitió de nuevo en la iglesia, pero no por mucho tiempo.

Aunque guardaba el sábado, su oposición era decididamente contraria a las visiones. Por lo tanto no tardó en unirse al grupo separatista conocido como el “Messenger Party”. Más tarde, al desintegrarse éste, se unió a un nuevo movimiento separatista conocido como el “Marion Party”, dirigido por los señores Snook y Briekenhoff. Este último movimiento no creía en la organización de la iglesia, ni en el santuario, menos en el don de profecía. Sin embargo, el Señor amaba al hermano Smith. Durante los años que anduvo errante y alienado de sus hermanos, Dios quiso enviarle un mensaje de consejo, mediante un testimonio a través de su sierva.

En una visión dada a la señora White respecto a la vida y conducta de este hermano, se le mostraron los resultados finales de su curso de acción; pero se le aseguraba el perdón y la aceptación de parte de Dios si él se volvía de su mal camino. Con cuidado y esmero, la señora White le escribió una carta donde le exponía lo que el Señor le había revelado a ella. Terminó su carta con una apelación a que se volviera de su mal camino y buscara el perdón de Dios. Pero esta carta no se la entregó personalmente, sino que le fue enviada por correo desde Battle Creek hasta Washington, N. H. Cuando el hermano Smith fue al correo por su correspondencia; le entregaron un sobre grande, en cuyo remitente descubrió el nombre de Elena White. “Yo no quiero ningún testimonio”, dijo para sí. En silencio y mirando el sobre, decidió no abrir ni leer la carta. Así, se fue a su casa. Llegó y buscó un viejo baúl que tenía, lo abrió y metió la carta hasta el fondo del baúl y lo cerró con llave.

Por 28 años esa carta quedó sin ser leída. Esteban Smith siguió su camino. Se volvió un crítico mordaz. Para él nadie era bueno en la iglesia. Dilapidó su vida, derrochó sus energías en hacer el mal. Fue duro y cáustico especialmente con los esposos White. Sin embargo, su esposa, permaneció fiel al mensaje y jamás se desconectó de la iglesia.

Pasaron 27 años. Corría el año 1884. Ya para este tiempo, el cabello del hermano Smith se había tornado blanco. Su cuerpo estaba encorvado por el peso de los años. Un día al regresar de su trabajo, notó que sobre la mesa estaba la Review correspondiente a esa semana. La cogió y la comenzó a leer. Le interesó en forma especial un artículo escrito por la señora White. Lo leyó todo y al terminar dijo: “Esta es verdad de Dios”. La siguiente semana, volvió a tomar la Review y continuó leyendo otro artículo escrito por Elena White. Volvió a repetir: “Esta es la verdad”. Semana tras semana a partir de entonces, el hermano Smith continuó leyendo la revista. Su esposa comenzó a notar un cambio en su

manera de hablar y en su actitud. Otros también notaron el cambio.

El siguiente verano (1885) se le pidió al evangelista Eugenio Farnsworth que fuera a dar una campaña de reavivamiento en la iglesia de Washington, N. H., lugar donde habían vivido sus padres. Su padre William Farnsworth fue uno de los primeros en aceptar la verdad del sábado en 1844, cuando esta verdad les fue presentada por Rachel Preston en el mes de enero de ese año. La noticia se difundió rápidamente y llegó a oídos del hermano Esteban Smith. Vivía a doce millas de la iglesia. Deseando ver a Eugenio Farnsworth, a quien había conocido como un niño, caminó las doce millas un día de sábado y fue a la iglesia. Deseaba oír hablar al menor que había conocido hacía más de 25 años. Ahora era un evangelista famoso. Se ubicó entre los presentes. El pastor Farnsworth habló con poder y convicción ese sábado. Su tema trató acerca del movimiento adventista y su misión profética.

Cuando el pastor Farnsworth terminó de hablar, el señor Esteban Smith se puso en pie y pidió la palabra. El predicador, conociendo ya un poco de la historia de Esteban Smith, estaba indeciso si le concedía la palabra o no. Creía que el hermano Smith podría aprovechar la ocasión para vomitar amaguras y críticas en contra de sus hermanos y del mensaje. Pero pensó que a lo mejor el hombre había cambiado. Así que le concedió la palabra. Esto fue lo que dijo:

“Deseo no me tengan miedo, hermanos, pues no he venido para criticas ni acusar a nadie. Ya no me dedica a ese negocio”.

Luego comenzó a hacer un análisis de lo que había pasado en su vida. Dijo que se había opuesto a la iglesia y a su organización. Habló de su relación con los movimientos

separatistas y cómo éstos habían dejado de existir y se habían perdido en la confusión y en la nada, pero que por el contrario, la iglesia adventista seguía adelante. Sus miembros se ven confiados, llenos de esperanza y felices. Él, por el contrario, no había sido feliz todos esos largos años.

“Deseo ser admitido una vez más en esta iglesia” dijo. El siguiente jueves, recordó algo que había pasado hacía 28 años. Se acordó de la carta que no había querido leer. Quiso saber ahora qué era lo que decía esa carta. Fue al viejo baúl. Quiso abrirlo; no había llave. Pero de alguna manera lo abrió. Buscó la carta en el fondo. Ahí estaba el sobre cerrado todavía. Descolorido y viejo, contenía el testimonio que la señora White le había escrito en 1857. Lo abrió y lo leyó. Era una biografía adelantada de lo que sería su vida si no se volvía de su mal camino y cambiaba de actitud. Todo su derrotero estaba escrito, pero al mismo tiempo había consejos y palabras de esperanza para él.

El sábado regresó nuevamente a la iglesia. No quiso perderse de la reunión. El predicador ahora habló del Espíritu de Profecía y su obra a favor de la iglesia. No bien había terminado el predicador, cuando el viejo Smith estaba de pie pidiendo la palabra. Se le permitió hablar y esto fue lo que dijo:

Hace 28 años yo recibí un testimonio de la sierva del Señor. No lo quise leer. Lo llevé a mi casa y lo metí en un baúl. Jamás lo leí hasta el jueves pasado. En aquel año cuando recibí este testimonio no creía en los Testimonios. Tuve miedo de leer esa carta, pues sabía que al leerla me iba a molestar. Pero hermanos, ahora creo que cada palabra era verdad. Ahora los acepto, aunque demasiado tarde. Si yo los hubiera aceptado, ¡qué diferente hubiera sido mi vida! Hubiera sido un hombre muy distinto. Me hubiera ahorrado un mundo de dificultades. El testimonio decía que ya

no había que poner más fechas para la venida de Cristo después de 1844. Pero yo pensaba que sabía tanto o más que esa viejecita visionaria. Ahora estoy viejo para desandar lo andado. Estoy débil para intentar dirigir campañas evangelísticas. Quiero, sin embargo, que todos sepan que otro rebelde se ha rendido”.

Se sabe que Esteban Smith vivió los últimos años de su vida como un fiel miembro de iglesia. Dios no nos abandona mientras haya oportunidad de rescatarnos del camino equivocado.

CUANDO EL ANGEL DIJO: ¡NO!

Corría el año 1913; el lugar era Elmshaven, una finquita modesta ubicada al pie del Monte Howell en Santa Elena, California. Ese fue el último hogar de residencia de Elena G. de White por los últimos 15 años de la vida.

La compañía Fleming Ravel, una editorial no adventista que publica literatura evangélica, y que publicó la primera edición de El Camino a Cristo, estaba negociando un contrato con la señora White para publicarle otro de sus libros. La casa editora sabía muy bien que El Camino a Cristo había sido un verdadero éxito; así que estaban muy interesados en conseguir un nuevo contrato con la escritora de más de 85 años.

Los detalles del contrato habían sido tratados con antelación y todo estaba bien estructurado, de acuerdo al sabio y atinado consejo de Guillermo White, hijo de la señora White y ahora su principal consejero, compañero de viaje y administrador de sus publicaciones.

Todo estaba listo, el contrato estaba escrito en términos muy favorables a la señora White, y la compañía Fleming Ravell había enviado a sus oficiales para que estuvieran presentes en la firma del contrato.

Como la ceremonia era sencilla y estaba por llevarse a cabo, el pastor G. White hizo que los representantes de la casa publicadora tomaran asiento, dando la espalda hacia la ventana que estaba en el estudio del segundo piso, donde la señora White pasaba horas y horas escribiendo. Grace, la nieta de la señora White, recuerda que su abuela vino y se sentó en su acostumbrada silla y pidió una tablilla de madera en la que acostumbraba apoyarse para escribir. Después de una breve presentación mutua y algunas palabras de afecto, le pasaron el contrato. Lo puso sobre la tablilla. Estaba muy consciente de lo que estaba haciendo; así que tomó su pluma como si fuera a estampar su firma sobre el contrato. Luego hizo una pausa momentánea, e hizo lo que nadie esperaba: colocó la pluma sobre la tablilla sin firmar el contrato. Lo más extraño fue que no dio ninguna explicación de por qué no lo firmó enseguida.

Los visitantes, por respeto a la autora de 85 años, hicieron como que ignoraron el hecho. Así que se enfrascaron en una plática informal con la esperanza de que si se había provocado alguna distracción accidental a la anciana, esta pasara y luego procediera a estampar su firma en el contrato. Pero el hecho fue que no tomó de nuevo la pluma. “Mi padre –comenta Grace– invitó a los señores a que bajaran por un momento a la sala en el primer piso, a fin de dejar sola a la señora White. En la sala, pidió a los señores que se sentaran, y luego subió nuevamente para ver si su madre había firmado ya el contrato.

Acercando una silla se sentó junto a ella y le dijo: “Madre, los señores están aquí esperando que firmes el contrato. Creo que estás consciente de esto, ¿no es cierto?” “Si, Willy”, -le dijo- “Yo sé que a eso han venido”. “Entonces, ¿por qué no lo firmas, madre? Son hombres muy ocupados y necesitan irse, no los

deberíamos entretener. ¿Hay alguna razón para no firmarlo, madre?”

“Sí, hijo, cuando tomé la pluma para estampar mi firma, y miré hacia la ventana, parado a espaldas de los señores visitantes estaba mi ángel. El ángel me miró y en silencio movió la cabeza y dijo ¡no!. En ese momento supe que no debería firmar el contrato. No sé la razón, sólo sé que no debería firmarlo. “Si es así madre, has hecho lo correcto”. Así, sin decir más, bajó las escaleras para hablar con los señores. Les pidió disculpas y les dijo que su madre había cambiado de parecer. Los señores se fueron un tanto incómodos, pero en su mente posiblemente pensaron que esta decisión por parte de la señora White era una prueba más de su senilidad. Sin duda se lamentaron el tiempo perdido y la imposibilidad de haber hecho un buen negocio.

Pero, ¿cuál fue la razón por la que Dios envió a su ángel para impedir un negocio aparentemente bueno? Quizá no lo sabremos en esta vida, pero un día quizás lo sabremos.

YO FUE TESTIGO OCULAR

Cuando Llegó la noticia que una profetiza americana llegaría a North Fitzroy, y que hablaría el sábado en la tarde, Haroldo M. Blunden tenía como doce o trece años de edad. Haroldo era un tanto escéptico respecto a la existencia de profetas modernos, y más aún si estos eran americanos y sobre todo si eran mujeres.

Haroldo sintió, sin embargo, que él debería cerciorarse por sí mismo sobre la autenticidad de estas manifestaciones. Así que decidió llegar temprano el sábado siguiente y tomar un asiento en la segunda fila de la iglesia, justo junto al pasillo central. Quería ver y oír todo lo que sucedería esa tarde.

El templo estaba repleto. Únicamente de pie se podía hallar un lugar. La plataforma, estaba ocupada por los oficiales de la iglesia y sólo había dos asientos vacíos en el centro. El tren en el cual venía Elena White llegó con dos horas de retraso. Los ministros presentes mantenían la atención de la congregación mediante himnos, oraciones, testimonios, y algunas observaciones que hacían a los ahí reunidos. Finalmente la puerta se abrió, y una diminuta dama, profetiza, se abrió paso a través del pasillo conducida del brazo por un distinguido ministro de nombre A. G. Daniells. Daniells la presentó desde el púlpito y luego ocupó una de las sillas vacías en la plataforma. La señora White se ubicó detrás del púlpito; colocó su manuscrito y se ajustó su sayal. Miró el auditorio, sonrió y abrió su boca para hablar, pero no pudo pronunciar una palabra.

Se notaba sorprendida, al igual que sus oyentes. Serenamente recorrió con la vista todo el auditorio. Luego miró sus notas. Las arregló ajustándose nuevamente el saya. Alzó su rostro, miró al público una vez más, sonrió y abrió su boca para hablar. Nuevamente no pudo articular una sola palabra. Un dejo de consternación se dibujó en el rostro de la profetisa y un murmullo de ansiedad se propagó en la congregación.

De nuevo, miró a la multitud. Su mirada se posó tranquilamente en cada uno de los asistentes, como si estuviese buscando a alguien en particular. Esta vez no se detuvo a ver a los más alejados en el salón, sino que volteó para ver a los que la acompañaban en la plataforma. Ahí estaba Natanael Davis. Alto, y delgado, estaba sentado a un extremo de la fila. Se dirigió al pastor Daniells y le dijo con escepticismo: ¿Qué hace este hombre en la plataforma conmigo?”

Puesto que estaba de espaldas a la congregación pocos se dieron cuenta de sus palabras. Pero Haroldo Blunden, quien estaba en la segunda fila, oyó bien la pregunta y se quedó aturdido. ¿Por qué no debía estar Natanael Davis con ella en la plataforma? –se preguntaba para sí mismo. Davis era un dirigente, aunque

relativamente era nuevo como adventista. Pero era el editor de la revista Australiana Las Señales de los Tiempos. Tenía todo el derecho de estar en la plataforma con los demás dirigentes.

De pronto, Natanael Davis se paró cuan alto era, frunció el ceño; la miró con desdén, se bajó de la plataforma y salió por el pasillo abandonando la reunión por la puerta principal.

Impávida y serena, Elena White se dirigió ahora al púlpito, arregló nuevamente sus notas, se ajustó el sayal, miró de nuevo a su auditorio, sonrió y comenzó a hablar. El público, sentado como en trance, se mantuvo quieto por un hora y cuarto, mientras ella hablaba. Al término de la reunión, la multitud se aglomeró a su alrededor en la puerta con el fin estrechar su mano. El joven Haroldo Blunden no se dirigió a la puerta, sino a la plataforma. Tenía que investigar por sí mismo el significado de tan extraño desenlace. No había puesto atención a una sola palabra del sermón, pues tenía pensamientos encontrados en su mente. Esto es lo que descubrió:

Natanael Davis tenía serios problemas, y Elena White le había escrito una carta de cinco páginas el día 16 de agosto de 1897. La había comenzado a las 3:30 a.m. El párrafo uno de la página dos los había comenzado a las 2:30 p.m. el día siguiente. Luego continuó escribiendo la carta dos días más tarde. La señora White le escribió al hermano Natanael, acerca de los problemas con el dinero, con el espiritismo y respecto a la moral. “Su proceder es inmoral. Usted está trayendo desgracia sobre la causa de la verdad... Usted es un hombre peligroso para dejarlo sólo en cualquier sitio” –le escribía. Así como una madre implora a su hijo rebelde, Elena White le suplicaba a este nuevo converso a que enmendara sus pasos. Mas él no había prestado oído a sus ruegos. Ese sábado de tarde, él era un digno representante del reino de las tinieblas. Dios no le iba a permitir a su embajadora del reino

de luz que hablara, hasta que Natanael Davis hubiera desaparecido. “¡Yo, jamás tuve problemas o preguntas respecto a Elena White después de esto!” –me dijo Haroldo Blunden- al relatarme esta historia. “Algunos dudaban y eran incrédulos allá en Australia, pero mi mente se convenció respecto a ella. ¡Y no he cambiado mi posición desde entonces! Lo sé porque estuve allí. FUI TESTIGO OCULAR”.

Blunden murió poquito después de esa entrevista conmigo, a la edad de 89 años, sin haber sabido qué había pasado con Natanael Davis. Tampoco yo, hasta algunos años más tarde. Un día uno de mis colegas, conociendo mi interés en el resto de la historia, vino a mi oficina. Sobresaltado agitaba un documento en sus manos.

Cuando Elena White abandonó Australia para regresar a los Estados Unidos en 1990, los obreros le regalaron un álbum de hojas sueltas para autógrafos. En cada página alguien había escrito lo que para él o para ella significaban los nueve años de fructífero ministerio de la señora White en ese continente. En una de esas hojas sueltas, está escrito con el puño y letra de Natanael Davis lo siguiente:

“Me es motivo de sincero placer tener el privilegio de dejar por escrito en esta página, mi aprecio por el trabajo de la señora White, y mi gratitud a mi Padre Celestial por los mensajes enviados mediante ella a su pueblo”.

El fiel testimonio dado, me reveló los medios por los cuales las ataduras de Satanás fueron rotas. Debido a la influencia del espiritismo, yo estaba a punto de naufragar espiritualmente. Tengo razón para depositar mi confianza en la señor White como una verdadera profetisa de Dios.

Que el Dios de amor, misericordia, gracia y verdad, pueda guiarla segura y salva hasta el fin, de

tal manera que pueda continuar amonestando, guiando y fortaleciendo al pueblo remanente de Dios”.

(Firmado) N. A. Davis
Greekibgm Victoria, Australia
Agosto 6, 1900

Tan cierto como fue en los días de Josafat, es cierto hoy: “Creed en Jehová nuestro Dios y estaréis seguros; creed en su profetas y seréis prosperados”. (2 Crón. 20:20)

- Roger Coon es el autor de este relato.

AGUAS EN EL DESIERTO

Samuel Hamilton tenía 65 años cuando lo conocí en la ciudad de los Ángeles, en 1950, cuando yo era un joven pastor. A principio del siglo, Sam era un joven de 16 años, quien vivía en Santa Elena, California, cuando Elena White regresó de Australia y compró la propiedad de Elmshaven en la misma comunidad. Por ese tiempo Sam no estaba bien de salud. A pesar de haber visto a muchos médicos, ninguno le había diagnosticado adecuadamente su problema.

Pero Samuel había oído un poco acerca de esta menuda septuagenaria, a quien algunos llamaban profetisa, y quien ahora vivía al pie de la montaña Howell. Sabía también que cuando ella oraba por algunos enfermos, éstos se aliviaban de sus males. Decidió, pues acercarse a ella y solicitar su ayuda. Un día Samuel fue a Elmshaven, y al llegar, halló a la anciana de 73 años quitando las malezas de su jardín. Ella, al notar que alguien se acercaba, se incorporó y sacudió sus manos empolvadas por el trabajo en el jardín.

Después de oír hablar a Samuel, la señora White lo miró atentamente y le dijo: “Samuel, no estás bien de salud, es más, te estás muriendo. Pero tu no debes morir, si haces lo

que te digo, vivirás muchos y años y llegarás a la vejez”. Le explicó que por comer cerdo había adquirido triquinosis y, por lo tanto, debería de inmediato dejar de comerlo. Pero no sólo eso, debería de dejar de comer la carne, y habría de seguir una dieta adecuada a fin de sustituir la carne por una dieta balanceada. Le explicó cómo cambiar sus hábitos de alimentación, pero notó en él perplejidad al oír esto. Dentro de sí se preguntaba ¿cómo le haría para persuadir a su madre para que hiciera un cambio radical en los hábitos dietéticos de la familia? Y si aún tuviera éxito con respecto a su madre, ¿cómo podría recordar todas estas recetas que la señora White estaba compartiendo con él?

Notando la perplejidad del joven, la señora White le preguntó: Sam, ¿te gustaría venir a mi cocina y permitirme que te enseñe cómo preparar estas cosas?” “Sí, respondió Samuel”. “Pues ven mañana a las dos en punto de la tarde”.

En efecto, Samuel vino, y así continuó viniendo día tras días. Cuando las clases de cocina terminaron, la señora White le preguntó si no le gustaría aceptar trabajo como aprendiz de cocinero para su numerosa familia. Ella necesitaba uno, y pensó que Samuel podría hacerlo bien. Samuel saltó de gusto al tener esta oportunidad.

Un día la señora White entró a la cocina y le dijo “Samuel haz maletas”. Confundido, él no sabía qué significaba esa orden, pensaba que lo estaba despidiendo del trabajo y que ya no quería más sus servicios. “Te vas conmigo al Valle del Paraíso, cerca de San Diego”. “He comprado un balneario de aguas termales que está en bancarrota con 20 acres de terreno, en el cual voy a establecer otro sanatorio en el sureste de California. Voy a supervisar a los hombres que trabajan en la remodelación”.

El valle del Paraíso había sido un área semi-tropical exuberante y a ello se debe su nombre. A principios de este siglo había soportado una sequía de ocho o nueve años. El paso murió, los árboles se marchitaron, los pozos se secaron y la tierra se volvió arena. En lugar de Paraíso, debería haberse llamado de otra

forma. Los dueños estaban rematando la propiedad. El precio era una ganga. Establecer un sanatorio allí, (de todas las instituciones es la que más agua necesita), era una locura.

Los 50 albergues del balneario, (ahora abandonados) habían costado 25,000 dólares la sola construcción. Pero la señora White había logrado le vendieran la construcción y todo el terreno por 2,000 dólares. Pidió prestada parte de esta cantidad a una hermana adventista rica llamada Josefina Gotziam, y otra pare al Banco. Así, la señora White y Samuel Hamilton partieron para San Diego.

Se contrató a los trabajadores, y dos carpas grandes se levantaron en la propiedad. Una de estas carpas era para preparar la comida de los trabajadores y la otra servía como comedor. Un perforador adventista de Nebraska llamado Salem Hamilton, fue contratado y traído con el fin de perforar un pozo y hallar agua. La señora White firmó un contrato por cien pies de perforación (ya había un pozo en la propiedad, pero el agua era salobre e insuficiente).

Una mañana, Salem Hamilton entró a la carpa que servía de cocina, donde se hallaba la señora White supervisando la comida que se serviría a los trabajadores. Se veía desanimado. Había perforado noventa y ocho pies y no hallaba sino tierra seca y arena. “Quiero hacerle una pregunta señora: ¿Le indicó el Señor que comprara usted esta propiedad? “Sí, -respondió ella”. “Se me mostró que deberíamos adquirir esta propiedad en particular”. “Bien” – dijo Salem- “pero yo tengo mi propia respuesta. El Señor no nos daría un elefante sin proveernos de agua para que bebiese”.

Quizá menos de una hora más tarde, Salem regresó a la carpa que servía de cocina. Entusiasmado dijo oír agua correr como de un río cerca de donde estaba cavando. Sam que oía con interés la noticia rogó que se le permitiera descender al fondo del pozo para poder escuchar si en verdad

era agua la que se oía correr. “Está bien, Sam. Pero quítate primero el delantal y baja”. –le dijo la señora White dibujando una sonrisa en su rostro. Los cavadores ataron una soga al cuerpo de Sam y lo bajaron hasta el fondo del pozo. En efecto, oyó el ruido del agua que corría tan cerca que tuvo miedo que se desbordara dentro del pozo y él quedara sumergido en el fondo. Dio la señal tirando varias veces de la cuerda, y los hombres arriba lo jalaron a la superficie. Luego bajaron a Salem atado con la misma cuerda. Este comenzó a cavar haciendo sólo un hoyo hasta que el agua comenzó a fluir. Tan rápida comenzó a salir el agua que Salem no tuvo tiempo de rescatar su herramienta de perforación y la dejó allá abajo. Los compañeros lo sacaron rápidamente tirando de la cuerda. Esa noche el agua del pozo creció 18 pies. La mañana siguiente la bombearon y luego construyeron un desagüe lateral. El agua de la institución estaba asegurada.

Medio siglo más tarde, Samuel Hamilton me contaba esta historia personalmente. Fue enfático al asegurar que aun los líderes de la iglesia dudaron de la sabiduría de la profetisa al comprar esta propiedad. En los mapas geodésicos y en los estudios hechos por los científicos no aparecía ningún río subterráneo en esa área de la costa de California, pero Dios sí sabía que allí había agua, y Él reveló este secreto a su sierva la profetisa.

“Jamás dudé del don profético cuando era niño”, -me dijo Sam- “Tampoco dudo ahora que soy hombre viejo. Ella fue lo que dijo ser y la iglesia la aceptaba como tal”.

* Por Roger Coon.

HISTORIA DE D. M. CANRIGHT

Dudley M. Canright se crió en el sur de Michigan. A los 19 años se encontraba en un pueblo del Estado de Nueva York asistiendo a la escuela. Trabajó en los campos de maíz junto con Roy F. Conttrel uno de nuestros primeros pastores. En 1859 el

pastor White celebró una serie de reuniones en ese estado, a las cuales asistió joven Carright. Con avidez escuchaba cada noche la presentación de la verdad. La aceptó y se unió a la Iglesia Adventista del Séptimo Día. Era un joven empeñoso y su primer converso fue su madre al regresar a Michigan.

En 1862 fue a Battle Creek para entrevistarse con el pastor Jaime White y solicitarle que le permitiera ingresar al ministerio. Después de una larga conversación el pastor White le dijo: “no se conforme con ser un predicador mediocre”. Canright aceptó el desafío. Antes de partir le pidió al pastor White que le donara algunos cuadros proféticos para usarlos en el evangelismo. El pastor White se los dio con la condición de que si no tenía éxito se los devolviera. Después de un año, al asistir a un congreso, el pastor White se encontró de nuevo con el joven Canright y le preguntó: ¿cómo le ha ido? ¿Dónde están los cuadros proféticos?”, a lo que Canright le contestó: “Sus cuadros proféticos delos por perdidos”. Esta fue su introducción al ministerio. Su empeño y su formación autodidáctica, lo llevaron a escalar grandes alturas en la obra de Dios.

Se transformó en un evangelista de éxito y fue ordenado al ministerio a la edad de 24 años. El pastor Butler que lo conocía bien declaró que Dios lo estaba bendiciendo debido a su capacidad y a su ambición por el éxito. Fue un evangelista destacado y también un apologista de renombre. Tenía un gusto especial por los debates, en los cuales siempre salía victorioso. Llegó a ser un campeón en la defensa de la verdad adventista. Sin embargo, según la apreciación del pastor Butler, nunca se notó en él paciencia, capacidad de perdonar, ni consideración especial por las opiniones de otros, si éstas no coincidían con las suyas.

En 1869 se encontraba trabajando con mucho éxito en Iowa. El pastor Butler era presidente de la Asociación de Iowa. En 1870, en el pueblo de Monroe, tuvo un debate con

un pastor presbiteriano de apellido Johnson, El pastor Canright condujo con tal propiedad y maestría la discusión que el pastor Johnson quedó totalmente derrotado por Canright. Esa misma noche, después del debate, Canright se sintió muy desanimado y depresivo. Le comentó al pastor Butler su idea de abandonar la religión y la Biblia y convertirse en un infiel. El pastor Butler luchó a su lado toda la noche. A la mañana siguiente, Canright se sentía más tranquilo, y pronto su ánimo cambió por completo y se unió de nuevo con gran celo a la causa de Dios.

En el verano de 1873 fue invitado por los esposos White para que se uniera con ellos y pasaran unos días de vacaciones en las montañas rocallosas de Colorado. Canright aceptó la invitación y junto con su esposa pasaron algunos días de descanso en ese lugar. Por una cosa baladí que se suscitó, abandonó a la familia White y se vino antes de terminar las vacaciones. La señora White notando en él estos arranques de mal genio, le envió alguno consejos basados en una visión que había tenido dos años antes. El mensaje era para él y su esposa. El mensaje se encuentra en el libro Testimonios of the Church. Vol. 3, págs. 304 – 329. Se titula “A un joven pastor y a su esposa”. Una parte de este testimonio dice:

“En la visión que se me dio, se me mostró su vida pasada. Vi que desde niño, usted ha tenido confianza propia, ha sido porfiado y ha procurado siempre seguir su propia voluntad y los dictados de su mente... usted ha aceptado y amado la verdad, la cual ha hecho mucho por usted, pero no ha realizado toda la transformación necesaria para el perfeccionamiento del carácter cristiano”.

Canright sintió que estas observaciones eran demasiado severas. Opinó que dichas observaciones eran un abuso. Terminó partiendo para California, en donde se dedicó a la agricultura y casi abandonó la religión. Pero los hermanos lo animaron y pronto

venció esa actitud. Invitado a levantarse y seguir predicando el Mensaje del Tercer Ángel, lo hizo con vehemencia y pronto sus esfuerzos se vieron nuevamente coronados con éxito allí mismo en California. Muchas almas fueron bautizadas por él y organizó nueve iglesias. Mientras estaba en California, tuvo la oportunidad de escribir lo siguiente acerca de la señora White.

“Cientos de veces he oído hablar a la hermana White. He leído sus Testimonios de tapa a tapa, la mayor parte de ellos muchas veces, y nunca he podido encontrar una sola expresión inmoral en toda su extensión, o nada que no sea estrictamente puro y cristiano; nada que aparte de la Biblia o de Cristo.

Todo lo contrario, allí encuentro las llamadas más fervorosas a obedecer a Dios, a amar a Jesús y a creer en las Escrituras. He recibido grandes bendiciones espirituales de los Testimonios en innumerables ocasiones. Si hay en mí algún juicio, algún discernimiento espiritual, declaro que los Testimonios son del mismo espíritu y del mismo tenor que las Sagradas Escrituras”. (Review an Herald, 26 de Abril, 1877).

En 1878 fue elegido presidente de la Conferencia de Ohío, en el cual prestó buenos servicios como dirigente. En 1880, notando algunas molestias en la garganta al predicar, solicitó autorización para ir a Chicago, a la escuela Hammill, para tomar un curso de locución y arte de hablar, a fin de resolver su problema. La iglesia le permitió ir a tomar ese curso, pero no solo; fue enviado con D. W. Reavis, quien era a la sazón estudiante de nuestro colegio de Battle Creek y quien había trabajado con él durante dos años ayudándole a

establecer la obra de la Escuela Sabática en su asociación. El curso tardó un año, al final del cual era necesario que todos los alumnos presentaran un examen teórico y práctico en la escuela, a fin de recibir su diploma. Cuenta D. W. Reavis que la presentación hecha por Canright electrizó a la concurrencia, lo cual le valió aplausos y felicitaciones por parte del público presente.

Después de la reunión se sentó con su compañero de estudios a comentar el éxito obtenido aquella noche. Canright le dijo a Reavis: “con lo sucedido esta noche: creo que yo sería un gran hombre en el mundo, si no fuera por este mensaje tan impopular que predico”. Reavis de inmediato se puso en pie y le replicó: “Canright, tú eres lo que eres, por este mensaje y el día que lo abandones retrocederás en tu camino justo donde estabas al aceptarlo”. Poco tiempo después Canright abandonó por segunda vez el ministerio y se dedicó a dar clases de locución en los estados de Wisconsin y Michigan. Pasó dos o tres años muy desanimado, pero de nuevo recorrió el camino de regreso. Los hermanos lo aceptaron de nuevo cuando hizo una confesión al parecer sincera ante mil hermanos reunidos en un campamento. Por un tiempo realizó su trabajo fielmente. Escribió, predicó y trabajó con ahínco al lado de Jaime y Elena White.

Llegó el año 1886 cuando se celebraba el congreso campamento de la Conferencia de Michigan. Le dijo a su sobrino: “Si no me eligen presidente de la conferencia, abandonaré la iglesia. Nunca pelearé contra ella, pero la abandonaré. Ya no creo en sus enseñanzas. Fue entonces cuando la señora White le escribió acerca de una visión que le había sido dada, en la cual vio a Canright abandonar la embarcación donde viajaba con sus hermanos y amigos bajo pretexto de oírlo decir: “este barco va a zozobrar, se va a hundir”. Una voz decía: “No, este barco no se hundirá jamás”. En el sueño la señora White vio que Canright abandonaba la embarcación y se lanzaba al mar a nado para abordar otra embarcación que pasaba a la distancia a la cual se

subió. Este relato se puede leer en Testimonies for the Church. Vol. 5. Págs. 571 y 572.

Efectivamente, Canright escogió colocar su embarcación bajo la bandera bautista. En 1887 abandonó la iglesia por tercera y última vez. Se fue a predicar para los bautistas. Los bautistas jamás lo llamaron a ocupar un lugar prominente en esa organización, quizá porque nunca le tuvieron plena confianza. No cumplió la promesa de no atacar a la iglesia, pues en la siguiente década escribió un libro titulado El Adventismo Renunciado, donde atacaba ferozmente cada una de las doctrinas adventistas. Este libro ha tenido amplia circulación y ha sido traducido en parte por la iglesia bautista con el título El Adventismo del Séptimo Día.

En 1913, decidió escribir otro libro para atacar especialmente a Elena White. Una muchacha de 18 años de edad que había sido adventista sólo durante seis meses fue empleada por él como su secretaria, su nombre era Cathy Carr Shaskey. Cuenta ella que mientras tomaba la transcripción de lo que le dictaba el pastor Canright, éste se paseaba de un lado a otro retorciendo y frotándose las manos. Su rostro estaba húmedo por las gotas de sudor que brotaban de su cuerpo, mientras vertía amarguras y acusaciones en contra de la mensajera del Señor.

D. M. Canright fue el primer crítico serio que tuvo Elena de White. Sin embargo, al asistir al funeral de Elena White, con su hermano Jasper, cuando se posó junto al féretro de Elena White, los que lo observaron, vieron enternecerse su alma y de sus ojos brotaron gruesas gotas de lágrimas. En voz baja y para sorpresa de los presentes dijo: “Aquí yace una mujer cristiana que se ha ido”. Hasta el más enconado crítico, uno que había dejado el movimiento adventista y había escrito muchas acusaciones en contra de la obra y de sus antiguos colegas y especialmente en contra de Elena White, rindió tributo a una noble vida cristiana.

El pastor F. M. Wilcox recuerda los últimos días del pastor Canright, mientras convalecía en nuestro sanatorio de Battle Creek de la enfermedad que al fin le cegó la vida. El pastor Wilcox relata:

Yo estaba asistiendo a un congreso celebrado en Battle Creek. El pastor Canright estaba en el sanatorio recibiendo tratamientos. Asistió a algunas de nuestras reuniones. Un día decidí visitarlo en su cuarto. Me senté a su lado y después de un agradable saludo tuvimos la siguiente conversación: “Pastor Canright, le dije, tal vez no recuerde que fue usted quien organizó la pequeña iglesia a la cual pertencí al principio, en el norte de Nueva York. Yo he seguido la obra de usted a través de los años y he lamentado que se haya separado de sus antiguos hermanos.. Yo ahora estoy ocupado en el ministerio de la Iglesia Adventista del Séptimo Día y soy un pastor joven. Me agradecería recibir un consejo suyo. ¿Debo yo hacer lo que usted ha hecho?” El inclinó la cabeza y meditó por un momento. Luego preguntó: “¿Cree usted todo lo que predica?” Yo le dije: “Creo con todo el corazón”. Entonces me preguntó: “¿Tienes dificultades con tus hermanos en la fe?” Le contesté: “Ninguna, Siempre he trabajado en armonía con todos mis hermanos”. Entonces, me dijo “Mi consejo es que te quedes donde estás”. Me pareció que este era un consejo significativo de parte de una persona que había pasado años combatiendo la causa que una vez defendiera. No se sintió libre para aconsejar a nadie a que siguiera sus propios pasos.

D. M. Canright murió calladamente en 1919. Está enterrado en el cementerio de Mount Home, Oestego, N. Y. La

profetiza había dicho: “Usted ha querido exaltarse demasiado, y realizar manifestaciones que llamaran la atención, hacer ruido en el mundo, y como resultado de esto, su ocaso será ciertamente en tinieblas”, lo cual sucedió

REAVIVAMIENTO EN LA IGLESIA DE BUSHENELL

Les invito a que vengan conmigo, aunque sea en la imaginación, al bosquecillo que está cerca de la aldea de Bushnell, Michigan. Es sábado de tarde, del 20 de junio de 1867. La señora White está hablando.

Tres años antes, un evangelista había levantado un grupo de treinta miembros en ese lugar y luego se dirigió a un nuevo territorio, sin haber confirmado debidamente los creyentes, y sin haber puesto al frente un director adecuado. Surgió el desaliento y luego siguió la apostasía. Algunos hombres volvieron a su vicio del tabaco. Los nombres fueron borrados de uno e uno, hasta que a mediados del verano de 1867, sólo unas diez o doce personas asistían a las reuniones sabáticas.

El sábado 13 de julio, en su desánimo, el pequeño grupo decidió que ésa sería su última reunión. Las personas empezaron a dirigirse a sus hogares. En ese momento un vecino llegó llevando la correspondencia a la familia donde se celebraba la reunión. Con la correspondencia llegó un ejemplar de la Review and Herald. Abrieron en seguida la revista y como hacemos generalmente todos, leyeron primero la última página. Allí estaba la noticia de que el sábado siguiente, 20 de julio, el pastor White y esposa irían a Bushnell para celebrar reuniones. ¿Qué harían? No pensaban tener más

reuniones. Entonces enviaron a los niños a llamar a la gente para que regresaran. Discutieron juntos el asunto. Leyeron de nuevo la noticia y decidieron tener una reunión más. Se pidió a uno del grupo que buscara un lugar en el bosquecillo donde pudiera celebrarse la reunión. Decidieron invitar a sus vecinos y amigos y especialmente a los descarriados y a los antiguos miembros.

El sábado de mañana del 20 de julio, cuando el pastor White y su esposa llegaron a Bushnell, había sesenta personas reunidas en el bosquecillo, esperando para celebrar el culto. El pastor White predicó en la mañana y la hermana White hablaría por la tarde. Ella había elegido el tema y escogido los versículos. Se puso de pie delante del grupo reunido y con la Biblia en la mano leyó los textos y empezó su sermón. Pero pronto los oyentes se dieron cuenta de que algo preocupaba a la hermana White, que su mente no estaba atenta a sus palabras. Cerró la Biblia y la puso a un lado. Miró a las personas y les habló de una forma personal. En resumen esto es lo que dijo:

“Mientras estoy aquí delante de vosotros veo los rostros que me fueron mostrados en una visión hace dos años. Al mirar vuestros rostros, recuerdo claramente vuestras experiencia y tengo un mensaje del Señor para vosotros.”

Luego le habló a un hermano de su apartamento de Dios. Lo animó a volver y andar con el pueblo de Dios. Ese hermano estaba parado junto a un pino.

Después se dirigió a una hermana que estaba también en la congregación:

“Esa hermana está sentada al lado de la hermana Maynard, de la iglesia de Greenville, no puedo nombrarla porque no me han dicho su nombre, pero hace dos años la vi en visión y conozco su

experiencia”. Entonces le dirigió un mensaje de ánimo a esa hermana.

“Allí hay un hermano junto a ese roble. Tampoco lo puedo nombrar, pero conozco su caso claramente”. Entonces se dirigió al hermano revelándole sus íntimos pensamientos y su experiencia.

Y así continuó dirigiéndose a cada uno, hablándoles de lo que le había sido revelado dos años antes y dirigiendo palabras de reprensión. ¿Qué leemos en el mensaje de Laoidicea? “Yo reprendo y castigo a los que amo. Sé pues celoso y arrepiéntete”. De esa manera muchas veces los mensajes de los profetas fueron mensajes de reproche y reprensión. También los mensajes de aquella tarde fueron mensajes de reprensión para muchos de los que formaban el grupo de Bushnell. El Señor ama a su pueblo y los amonesta para que vuelvan a él y a sus caminos.

Después que la señora White hubo terminado su sermón, en el cual no sólo dirigió palabras de reprensión sino también de ánimo, se sentó. Uno de los que estaban presentes se puso de pie y dijo:

“Yo quiero saber si lo que la hermana White nos ha dicho esta tarde es verdad. El pastor White y su esposa nunca han estado aquí. No nos conocen. La hermana White ni siquiera conoce los nombres de la mayoría de nosotros. Y sin embargo, ha venido esta tarde y nos ha dicho que hace dos años tuvo una visión en la cual le fueron presentados nuestros casos y luego nos ha hablado individualmente a cada uno, mostrando la conducta de cada uno y hasta los íntimos pensamientos. “Es verdad esto? ¿Es verdad lo que se ha dicho en cada caso? ¿O ha cometido la

hermana White algunos errores? Yo quiero saberlo”.

Uno por uno se fueron levantando. El hombre que estaba cerca del pino se puso de pie y dijo que la hermana White había descrito su caso mejor de lo que él mismo hubiera podido describirlo. Confesó sus errores. Manifestó su resolución al volver y caminar con el pueblo de Dios. También testificó la hermana que estaba sentada junto a la hermana Maynard, de la iglesia de Greenville. Dijo que la hermana White había hablado de su experiencia mejor de lo que la misma hubiera podido hacerlo. El hombre que estaba junto al roble a quien la hermana White había dirigido palabras de reprensión y de ánimo, dijo que la hermana White había descrito su caso mejor de lo que él hubiera podido describirlo. Confesaron sus errores y pusieron a un lado sus pecados. El espíritu de Dios se manifestó y hubo un reavivamiento en Bushnell.

El pastor White y su esposa regresaron el sábado siguiente, celebraron un bautismo y la iglesia de Bushnell quedó sólidamente establecida.

Esta es la razón por la que la hermana White recibió visiones, para que las iglesias revivieran, para que los hombres y mujeres fueran inducidos a ver su propia experiencia y ver sus corazones como el Señor los ve.

UNA BLANCA NAVIDAD

La mayoría de gente no escogería la época de la Navidad para visitar el pequeño pueblo de Washington, New Hamshire – lugar de la primera congregación de adventistas guardadores del sábado. Y a propósito, a la carretera un tanto sucia que conduce al sitio donde está la histórica iglesia, ya vetusta, aun hoy no se le da mantenimiento durante los meses de invierno.

No obstante, durante la semana de la Navidad de 1867, Jaime y Elena White, acompañados por J. N. Andrews, visitaron ese lugar para celebrar unas reuniones de reavivamiento.

Fue a la iglesia de Washington, que en la primavera de 1844, Rachel Oakes (más tarde conocida como Rachel Preston), una dama bautista del séptimo día, trajo por primera vez la verdad del sábado. Federico Wheeler, un metodista observador del domingo, con quien Raquel compartió la doctrina del sábado, servía por aquel tiempo como ministro en ese lugar. Guillermo Farnsworth, un granjero del lugar, padre de 22 hijos, se convirtió en el primero en aceptar públicamente el sábado, cuando el pastor Wheeler presentó la doctrina a la congregación.

Pero todo esto había tenido lugar casi un cuarto de siglo antes. Mientras tanto, el pastor Wheeler se había mudado a Estado de Nueva York. Con su partida, la condición espiritual de la congregación de Washington se había deteriorado. Los cultos regulares se habían discontinuado, y en particular, uno de sus miembros, Guillermo Farnsworth, había vuelto a su antiguo hábito de masticar tabaco.

Las reuniones de reavivamiento comenzaron el sábado anterior al día de la Navidad. Algunas reuniones eran celebradas en la iglesia; otras en la casa de Ciro Farnsworth, el hermano menor de Guillermo.

La reunión matutina del lunes, tuvo lugar en la iglesia y tardó cinco horas. Durante la reunión, Elena White se dirigió a una persona tras otra en la congregación. Les señaló algunos problemas que tenían en sus vidas y que se le habían presentado en visión. Una joven hermana “amada por Dios, pero que vive en una servil esclavitud”, recibió consejos de que debería mantener su individualidad y no someter sus convicciones al arbitrio de su esposo inconverso. Fue

presentada la condición de apostasía en la que una joven vivía como resultado de su asociación con otro joven inconverso.

Un hombre estaba presente ese día, el cual no había sido aceptado en la feligresía de la congregación local. Elena G. de White señaló que el “Dios que escudriña los corazones” se complace mejor con la conducta de este hombre que con la vida de algunos en la iglesia, los cuales rehúsan admitirlo en la feligresía.

Mientras transcurría el culto, Eugenio Farnsworth de 19 años, e hijo de Guillermo, pensaba y decía para sí, **cómo me gustaría que tratara el caso de mi padre**. Casi así como en respuesta a sus deseos no expresados, la señora White se dirigió a Guillermo Farnsworth y dijo: “Me fue mostrado este hermano que es un esclavo del tabaco. Pero lo peor del caso es que él actúa como un hipócrita, tratando de engañar a sus hermanos al decir que lo ha abandonado, tal como lo prometió al unirse a la iglesia”.

Eugenio sabía muy bien que su padre masticaba tabaco de nuevo. Mientras trabajaban juntos en el bosque había visto las delatadoras manchas cafés, en lugar de la blanca nieve que su padre había tirado sobre la nieve. Pero Eugenio no era el único joven en la iglesia que se había desanimado a causa de la inconsistencia en la vida de los hombres adultos. Mientras oía los pecados ocultos que eran señalados por la señora White, llegó a estar convencido de que estaba siendo testigo del don profético en acción.

Cuando terminó su mensaje, Elena G. de White se sentó y dio la oportunidad a los hermanos para hablar. Uno tras otro se levantaron reconociendo la veracidad de sus revelaciones. Esto fue seguido por confesión y arrepentimiento.

Durante las reuniones que tardaron desde el sábado hasta el miércoles, que fue el día de la Navidad, Jaime y Elena White, así como I. N. Andrews, hicieron fervientes esfuerzos para la conversión de los jóvenes presentes. Los jóvenes al ver a sus padres confesando sus errores, fueron movidos visiblemente. En

la reunión matutina del miércoles de Navidad, 15 jóvenes expresaron su deseo de ser cristianos. Más tarde, otros cinco que no estuvieron presentes, también se convirtieron.

Muchos de estos jóvenes fueron bautizados inmediatamente. Se cavó un hoyo en el hielo que cubría el agua cerca de Millan Pod, y 12 fueron bautizados. Otros seis esperaron hasta la siguiente primavera. De ese grupo 18 jóvenes, a lo menos eventualmente, nueve fueron obreros de la iglesia. Eugenio Farnsworth llegó a ser un evangelista adventista, mientras que otros llegaron a ser ministros, instructoras bíblicas y misioneros. Los resultados de aquellas reuniones celebradas en la Navidad de 1867, sin duda se extenderán hasta la eternidad.

UNA FUENTE SOBRE EL HIELO

Elena y Jaime White habían ido a visitar a unos creyentes en Illinois. Se hospedaron con unos amigos a quienes les habían predicado el mensaje de Jesús, pero con el tiempo llegaron a estar tan ocupados cultivando sus tierras, que no tenían más tiempo para hacer la obra de Dios. Dios dispuso que Elena los ayudase a incorporarse nuevamente a la obra de Dios.

Una tarde Elena tuvo una visión. Ella vio que algunos creyentes en Waukon, Iowa, necesitaban ayuda. Así que le dijo a su esposo: “Necesito ir a Waukon, ¡Vamos!”

En esos días hacía mucho frío, era invierno y habían caído fuertes nevadas. Así dos de sus amigos, decidieron llevar a los esposos White a Waukon usando un trineo tirado por caballos.

La noche antes de partir, comenzó a llover y la nieve empezó a derretirse. “¿Que del viaje a Waukon?” –

preguntó alguien a la señora White. ¡Iremos!, Respondió. Los demás se miraron, pues sabían que sería un milagro hacer ese viaje. Durante la noche, Elena se despertó varias veces y se asomó a la ventana para ver como estaba afuera. Todavía llovía, sin embargo, oró al Señor pidiendo que les permitiera ir a Waukon, a fin de ayudar a los hermanos que vivían en ese lugar.

Al amanecer, se dieron cuenta que hacía mucho más frío, y que comenzaba nuevamente a caer la nieve. Ahora podrían usar el trineo mejor. Así que partieron. La nieve caía persistentemente por toda la ruta hasta llegar a Green Valley, todavía en el Estado de Illinois, a donde llegaron con el fin de tener reuniones con los pocos hermanos que allí vivían. Pero no dejó de nevar. La nieve cayó durante toda esa semana. Así, aprovecharon para tener cultos con los creyentes del lugar.

Cuando su obra fue hecha en Green Valley, siguieron su camino rumbo a Waukon. Nuevamente comenzó a llover. Cuando llegaron al río Mississippi, hallaron que el agua del río se había hecho hielo, pero por la lluvia, el hielo estaba comenzando a derretirse. Había como doce pulgadas (un pie) de agua sobre el hielo del río. Por supuesto, no había puente por donde cruzar el río. Así que tenían que cruzar sobre el hielo que cubría el lecho del río. Algunos les advirtieron que no convenía atreverse a cruzar el río con el trineo, pues algunos antes lo habían intentado y los caballos habían quebrado el hielo y se habían hundido con todo y trineo en las aguas del río que corrían por debajo de la capa del hielo.

El cochero que conducía el trineo, arrimó a los caballos hasta el mismo borde del río y señalando con su mano dijo: “O seguimos rumbo a Waukon, o mejor nos regresamos a Illinois. Estamos como los hebreos frente al Mar Rojo.” “¿Cruzamos o no cruzamos?” La señora White dijo: “¡Adelante!, ¡Crucemos! Confíemos en el Dios de Israel”. El cochero condujo con mucho cuidado a los caballos que tiraban el trineo, y el agua

subió casi hasta el nivel del fondo del trineo. Los caballos en forma suave fueron guiados hacia la otra orilla del río. Todos los que iban en el trineo iban orando de que el hielo no se fuera a quebrar y se hundieran los caballos, el trineo y los pasajeros. El mismo Dios que hizo pasar a salvo a los israelitas por en medio del Mar Rojo, hizo que el hielo fuera tan resistente para que pudieran pasar Elena y los que con ella iban hasta el otro lado del río sin novedad.

Continuaron su viaje hasta Waukon. El viernes por la mañana se detuvieron en un hotel en Dubuque, ya en el estado de Iowa. Allí pasaron el sábado. En la sala del hotel pudieron tener un culto, donde cantaron y oraron. El dueño y otros huéspedes se alegraron al verlos cantar con entusiasmo, y les pidieron que de regreso se detuvieran nuevamente allí.

El domingo por la mañana, el grupo continuó su viaje, pero había mucho viento y demasiado frío. Se envolvieron con cobertores y abrigos de pieles de búfalo, y de cuando en cuando se miraban unos a otros a fin de que nadie fuera a congelarse.

Finalmente, cuatro días más tarde, llegaron a Waukon, el lugar de su destino. Aun cuando no todos estaban contentos de verlos llegar, los viajeros no se desanimaron, pues sabían que habían sido enviados por Dios.

El jueves por la tarde, tuvieron una reunión y cantaron los viejos himnos adventistas. El pastor White y otros contaron sus experiencias al trabajar por el Señor. Los hermanos de Waukon se gozaron en oír sus relatos. Cuando se arrodillaron para orar, el Señor le dio una visión a Elena, en la cual le fue mostrado por qué los hermanos de Waukon no estaban siguiendo como debieran al Señor. Al salir de la visión, dijo: “Si abren las puertas

de sus corazones ahora, Jesús entrará y habitará en ustedes con poder”.

Muchos expresaron pesar por sus pecados, y el amor de Cristo se posesionó de los corazones. Cuando los esposos White dejaron Waukon, Juan Loughborough se fue con ellos, y llegó a ser un poderoso ministro en la obra de Dios. Otro hombre, llamado J. N. Andrews, también dedicó de nuevo su vida a la obra de Dios, y llegó a ser el primer misionero enviado por la iglesia a Europa.

Los que asistieron a esas reuniones en Waukon, decidieron seguir a Jesús nuevamente, y llegaron a ser obreros eficientes en la obra de Dios. Si abren las puertas de sus corazones hoy, Jesús entrará y caminará con ustedes el resto del camino, dijo Elena.

El Dios que puso un puente de hielo debajo del trineo para que este pudiese cruzar a salvo ese día tan frío, a fin de llevar el fuego del cielo a Waukon, encendió la llama que arderá y no se apagará hasta que Jesús venga.